

LA GUERRA HACIA EL CORAZO

L 4 de enero de 1965, Lyndon B. Johnson, acabado de elegir Presidente por una enorme mayoría sobre el belicista Goldwater, pronunciaba el tradicional discurso sobre el estado

de la Unión; dibujaba el programa de la Gran Sociedad y anunciaba el presupuesto: los gastos de defensa se cifraban en 52.200 millones de dólares, lo cual suponía una reducción de dos mil millones sobre el pre-

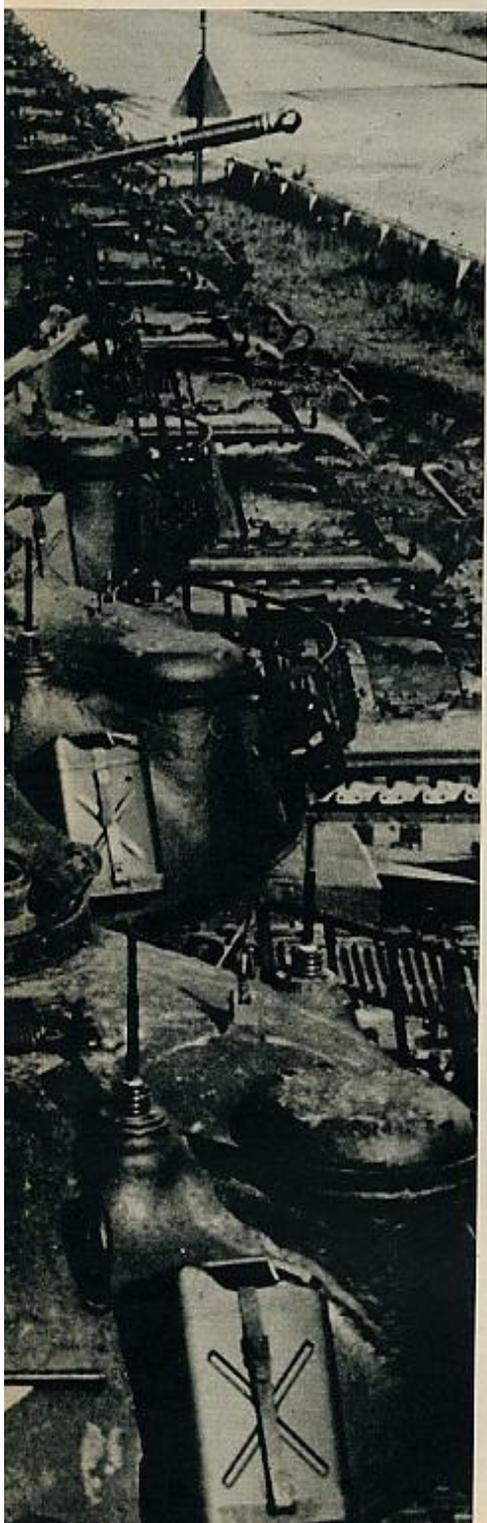
supuesto militar del año anterior. El mensaje de este año muestra que el estado de la Unión ha variado: el presupuesto militar asciende a 58.000 millones, es decir, 5.800 más que el año pasado; un aumento supe-



Por EDUARDO HARO TECGLÉN

N DE ASIA

rior al 10 por ciento. El aumento del total de los otros gastos federales es solamente de seiscientos millones de dólares. Estas cifras son suficientemente expresivas del tránsito hacia una situación de guerra. Los



El presupuesto pedido por Johnson al Congreso incluye 5.800 millones de dólares destinados a financiar la guerra en el Vietnam. Ello puede conducir a la reanudación inmediata de la carrera de armamentos.

5.800 millones de dólares de más —unidos a las cifras suplementarias solicitadas por Johnson al Congreso— están destinadas a financiar los gastos de guerra en el Vietnam. Pueden tener otro resultado más grave aún, si atendemos a la situación general del mundo: pueden terminar con el relativo equilibrio de reducción de gastos militares realizado mutuamente por la URSS y los Estados Unidos desde hace unos años, y reanudar la carrera de armamentos.

El discurso del Presidente Johnson y la conferencia de prensa que ha pronunciado

al día siguiente en Washington parecen tratar de disimular la trágica alternativa que cada día se define más: mantener la situación actual en Vietnam o ampliarla hasta llegar a una guerra general. La situación actual es prácticamente insostenible: los Estados Unidos se desangran en hombres, dinero y material, se encuentran cada vez más aislados del mundo occidental, su opinión pública se divide, las conquistas sociales se paralizan y, sin embargo, la guerra del Vietnam no se gana. La otra alternativa, la de llegar al riesgo de la

SIGUE

guerra general, no es preciso dibujarla. Todo el mundo sabe lo que puede suceder.

El resumen de la situación militar actual de los Estados Unidos en Vietnam es malo. «Al tiempo que hemos aumentado nuestro propio ejército, el adversario ha acrecentado el suyo, tanto mediante la infiltración desde el norte como por un mayor reclutamiento en el sur. El único cambio real ha sido que el gobierno de Saigón es ahora una dictadura de cuatro generales que tienen toda clase de razones personales para impedir cualquier tregua y continuar la guerra», escribe Walter Lippman en «Newsweek» (17 de enero). Una descripción más enfática de la situación actual es la que ha hecho el jefe de la oposición conservadora de la Gran Bretaña, Edward Heath, después de haber volado sobre el Vietnam: «Nunca hasta ahora había comprendido hasta qué punto el vietcong controla el país. Estoy seguro de que nadie lo advierte en Gran Bretaña. Las ciudades de provincias están aisladas y la única comunicación posible es por el aire. Hay una falta total de control gubernamental. Los comunistas forman el ejército mejor armado y más implacable que jamás hayamos visto en Asia desde 1945».

¿Es posible prolongar la guerra en estas condiciones un año más? El esfuerzo de guerra de los Estados Unidos parecía hasta ahora mínimo con relación a su enorme capacidad de producción y de riqueza, de la que muchas veces nos hacemos una idea fantástica; como si no tuviera límites. Cuando se vé, como ahora, que este esfuerzo de guerra atañe severamente al delicado presupuesto de la Unión, que retrasa la consecución de la «Gran Sociedad» y que divide no solamente las fuentes del pensamiento —intelectual, militar y político— del país, sino que alcanza a las masas, podemos ver fácilmente que la guerra ha entrado ya en los Estados Unidos.

La publicación del trascendental informe del Senador Mansfield ha planteado la situación en términos bastante aproximados a la realidad; y digo aproximados porque se supone que el texto íntegro dirigido por el Senador a la comisión de Asuntos Exteriores del Senado ha sido censurado antes de llegar al público (esta es la opinión del corresponsal en Washington del «Times» de Londres, 10 de enero). Esta situación trata de enfrentar al Senado con dos soluciones: la derrota o la guerra total. Aunque la cita sea larga, merece la pena reproducir algunos de sus párrafos conocidos: «Es dudoso, en vista de la aceleración de los esfuerzos del Vietcong, que la constreñida posición que ahora sostiene en el Vietnam el gobierno de Saigón pueda ser mantenida durante un futuro indefinido sin un mayor aumento de las fuerzas americanas sobre el terreno. Sin embargo, si la tendencia presente continúa, no hay ninguna seguridad acerca de cual pueda ser el último aumento requerido del esfuerzo americano antes

de que termine el conflicto. Porque el hecho es que, con los actuales términos de referencia, y en tanto que la guerra está en marcha, la cuestión no es ya la de aplicar el crecimiento de las presiones de Estados Unidos hacia una situación militar definida, sino más bien la de presionar hacia una situación militar que en efecto no tiene límite visible («open ended»). Todo el territorio del sudeste asiático no puede ser finalmente considerado como un campo de batalla potencial. Se ha advertido que la guerra se ha expandido ya de una manera significativa dentro de Laos y está comen-

este mensaje iba a ser una respuesta a la inquietud de la administración, expuesta por Mansfield. Es decir, que el Presidente decidiría claramente, enfrentado con el plazo inevitable de lanzar el presupuesto, si elegía la guerra abierta.

La respuesta no ha sido clara. Los llamados emisarios de paz que Johnson ha desplegado por todo el mundo —por los países considerados como aliados y por los neutrales— no han debido traer más que mensajes muy prudentes a Johnson: el mundo no se atreve a compartir el riesgo de guerra general. Los deseos de la Casa Blanca de convertir la guerra de Vietnam en una gue-



Una delegación soviética, encabezada por Chelepin, ha visitado la capital del Vietnam del Norte. En la foto, Chelepin brindando con el Presidente Ho Chi Minh durante una recepción ofrecida por éste en Hanoi.

zando a extenderse más allá de las fronteras de Camboya, al mismo tiempo que hay presiones al noreste de Tailandia. La situación, tal como parece ahora, ofrece una escasísima posibilidad de un arreglo justo por medio de la negociación; la alternativa es la de una continuación del conflicto en dirección de una guerra general hacia el continente asiático».

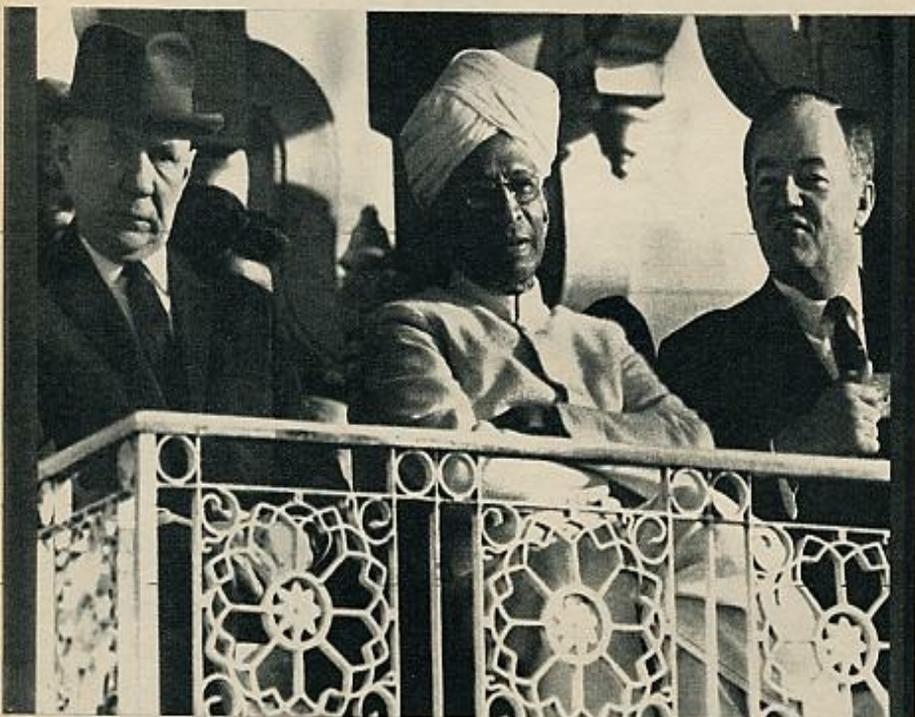
Las oscuridades y las delicadezas del lenguaje senatorial, tan exquisito —a veces— como el diplomático, no oculta, sin embargo, la gravedad de su contenido: continuar la guerra como hasta ahora, en el futuro, es imposible; las esperanzas de una «paz justa» son cada vez más escasas; la solución es la guerra hacia el corazón de Asia. Hacia China. Publicado este informe unos días antes del mensaje de Johnson, se consideraba que

rra de occidente no cuajan. Ciertamente ha aparecido una nueva denominación en los partes militares de Saigón, a partir del 12 de enero: se habla de las «Fuerzas armadas del mundo libre», designadas ya por unas siglas: «F. W. M. A. F.» («Free world military armed forces»), pero hasta hoy, este mundo libre se ha reducido a la reunión de algunos destacamentos australianos, neozelandeses y coreanos (llamados hasta ahora «terceros países») que luchan junto a las tropas de Estados Unidos y del gobierno de Saigón. Este hecho es importante, porque parece mostrar que se ha iniciado ya un esfuerzo para considerar esta guerra como una misión del «mundo libre»: es decir, un primer paso hacia una guerra general. Pero, repito, el discurso de Johnson se ha hurtado a las grandes opciones. Trata de continuar la guerra —aumentando la esca-

lada— sin abandonar la «Gran Sociedad»; trata de continuar aumentando las presiones militares sin abandonar la esperanza de encontrar una fórmula mágica de paz. «Mientras sea Presidente, continuaré enviando misiones de paz», ha dicho a la prensa al día siguiente de su mensaje. La frase es un poco enigmática. Johnson debe ser, legalmente, Presidente durante por lo menos tres años más; probablemente durante siete años más, si se continúa la tradición de que el Presidente en el poder sea reelegido —tradición sólo interrumpida por los casos de asesinato o muerte natural—. ¿Es que Johnson piensa que la guerra puede durar todo

aumento de los gastos militares de una manera tan visiblemente importante hace suponer que está dispuesto a lo peor.

LAS largas conversaciones entre el Vicepresidente Humphrey y Dean Rusk con Kossyguin, en Nueva Delhi, aprovechando los funerales de Shastri, constituyen hoy uno de los principales motivos de esperanza. El esfuerzo soviético para aclarar la situación en el Vietnam —en el que ha sido muy importante la visita de Chelepin a Hanoi, que ha terminado con una larga escala de veinti-



Kossyguin, Humphrey y Rusk se han entrevistado largamente en Nueva Delhi. En la foto aparecen los dos primeros con el Presidente de la India, Radhakrishman, en un acto en honor del fallecido Lal Shastri.

ese tiempo? ¿O es que teme que su presidencia vaya a verse acortada de alguna forma? Otra frase interesante del mensaje, no suficientemente expresada, es la de la «decompresión de la guerra»: esto significaría una especie de marcha atrás de la escalada, una reducción progresiva de las operaciones militares. La supresión —o la pausa— en los bombardeos del Vietnam del Norte, la nueva tregua del primero de año indochino —aceptada por Saigón después de haber sido propuesta por los guerrilleros vietnamitas—, tras la tregua de Navidad, pueden ser signos de esa «decompresión». Pero ello no resuelve las grandes alternativas militares y políticas planteadas. En general puede decirse que el Presidente no ha resuelto el dilema planteado, que es el de la paz y la guerra: no ha tomado la terrible decisión a que se le fuerza. Pero el

cuatro horas en Pekín— nos permite advertir que la U. R. S. S. percibe con toda claridad el peligro de la hora actual. El éxito soviético al conseguir en Tashkent una paz provisional entre la India y el Pakistán les ha hecho suponer, quizá, que su capacidad de mediadores está asegurada. Y la presencia de los expertos soviéticos en proyectiles dirigidos en la delegación a Hanoi da a entender, por otra parte, que los intereses militares del Vietnam del Norte están respaldados por la U. R. S. S. ¿Hasta qué límite? China cree en una colisión entre la U. R. S. S. y los Estados Unidos, que estaría por encima de los intereses de clase y de las ideologías: sería una especie de solidaridad entre las naciones desarrolladas y dotadas de la máxima potencia atómica frente al mundo del subdesarrollo, del que aún forma parte China.

Para ella, la situación en el Vietnam es perfectamente clara: los Estados Unidos están perdiendo una guerra, y si la amplían hasta los límites de la desesperación —es decir, hasta el mismo corazón de China—, la perderán en mayor medida aún, la perderán definitivamente. Es una especie de fe ciega en las coordenadas del materialismo histórico; aunque ese mismo materialismo histórico interpretado por Moscú busca ofrecer resultados más dudosos.

La decisión que ha de tomar Johnson no es fácil. Regreso al texto antes citado de Waller Lippmann para describir su dificultad: «La dura decisión que el Presidente tiene que tomar es la de si puede aceptar los riesgos psicológicos y políticos de negociar con el Vietnam como el general Eisenhower negoció con Corea o como el general de Gaulle negoció con Africa del Norte (Argelia). Porque el Presidente Johnson tiene que pagar un elevado precio por el histórico error de envolver a los Estados Unidos en una guerra terrestre contra los asiáticos en Asia. La única alternativa a pagar un precio por la paz es la de pagar el enorme precio de una gran guerra que amenazaría con convertirse en una guerra mundial. El Presidente ha demostrado que se da cuenta del duro dilema que está ante él. Naturalmente, está buscando una solución fácil para salir de su dilema. ¿Si pudiese encontrar una! Pero por sus decisiones de 1964 rechazó las advertencias de los hombres que se encuentran en una posición buena para saber que no había mucho tiempo por delante para negociar un acuerdo. Está próximo a cerrar la puerta y echar el cerrojo. Ha elevado hasta tal punto los obstáculos que las soluciones fáciles son muy improbables y sólo quedan las difíciles».

El problema de Johnson es que acaba de entablar su primera batalla y no tiene el valor suficiente como para perderla. Eisenhower había prácticamente ganado la guerra en Europa contra los nazis; de Gaulle era un héroe nacional, considerado como el liberador de Francia. Para estos militares el pacto o la negociación con enemigos como Corea o Argelia era casi una salida profesional que no solamente no empañaba sus hojas de servicios sino que, por el contrario, al cabo del tiempo se ha añadido a su haber. El civil Johnson no sabe aún que no todas las guerras se ganan, y que un pacto a tiempo puede evitar una derrota más grave, y puede salvar una dudosa figura para el juicio de la Historia.

E. H. T.

(Fotos de Cifra-Europa y Archivo)